

Menos afortunada fué la expedición marítima que al mando del teniente general don Juan de Lángara había sido enviada primeramente á las costas del Rosellon con objeto de auxiliar las operaciones del ejército de Ricardos, y después fué destinada á Tolon. Esta ciudad, lo mismo que Lyon y Marsella, se había declarado en abierta hostilidad al gobierno de la Convencion, en odio á los excesos de los montañeses y jacobinos, y al reinado de terror y de sangre que tiranizaba la Francia. Los toloneses, antes que someterse á los comisarios convencionales que los acosaban con un cuerpo de tropas precedidos de la horrorosa guillotina, prefirieron entregar su puerto y ciudad á las potencias aliadas, concertándose con el almirante inglés Hood que bloqueaba el puerto, y pactando restablecer en la ciudad la monarquía proclamando á Luis XVII. Como auxiliar de la escuadra británica, y por reclamacion de su almirante, le fué enviada la flota española de Lángara, en union con la que había llevado de Cartagena don Federico Gravina, componiéndose así la escuadra española de diez y seis navíos de línea, cinco fragatas y algunos bergantines. Ricardos envió tambien cuatro batallones del ejército del Rosellon, los navíos franceses fueron desarmados, y el gobierno de Tolon quedó en poder de los gefes aliados. Fuerzas napolitanas y sardas habían acudido tambien, compo-

reventar cerca de ella, la perturbáran ni distrajeran, ni hicieran temblar siquiera el antejo en sus manos.—Muriet, lib. II.

niendo en todas una guarnicion de diez y seis mil hombres.

Nada sin embargo aterró á los fogosos republicanos. En guerra por el Norte con las grandes potencias de Europa; viva y ardiente la terrible y sangrienta lucha de la Vendée; ocupada por un ejército español parte de su territorio del lado del Pirineo; insurreccionado el Mediodía de la Francia, y rebeladas poblaciones y países de la importancia de Lyon, Marsella, Tolon y Burdeos, á todo supo acudir el gobierno de la Convencion: con aquel alistamiento en masa, y aquellas gigantescas medidas, y aquellos esfuerzos heroicos que fueron entonces y serán perpétuamente objeto de admiracion, presentando en campaña un millon de hombres á la vez, derrota á los ingleses en Hondtschoote, vence en Wafignies á los alemanes, arroja á austriacos y prusianos de las líneas de Wissemburg, lanza á los piemonteses mas allá de los Alpes, destruye dos veces á los vendeanos, sitia y toma á Lyon, aterrando al mundo con aquellos terribles decretos de fuego y sangre ⁽¹⁾, y un ejército republicano es destinado á atacar y someter á Tolon.

(1) Tomada Lyon, se dió un decreto, entre cuyos artículos se leian los siguientes:—«La ciudad de Lyon será destruida:—Dejará de llamarse Lyon, y se llamará *Ciudad independiente*:—Sobre las ruinas de Lyon se erigirá un monumento en el cual se grabarán estas palabras: *Lyon hizo la guerra á la libertad; Lyon ya no existe.*» Las ejecuciones fueron horribles; los comisarios convencionales hicieron disparar cañonazos á metralla sobre todos los que tenían por enemigos del gobierno ó sospechosos; hombres, mugeres, niños, á nadie perdonaban aquellos hombres sanguinarios.

Diffícilmente habrían podido las tropas de la república recobrar por entonces aquella plaza, si las circunstancias que no eran de calcular no les hubieran favorecido. Una fué la desacertada política del almirante inglés, que entre otros errores cometió el de negarse á que el conde de Provenza viniera á Tolon en calidad de regente, como los toloneses y los españoles lo reclamaban y pedían, y el de arrogarse una superioridad odiosa y hasta sospechosa á sus aliados. Otra fué la del plan de ataque de un jóven oficial de la artillería francesa, que con aquella idea feliz, adoptada y llevada á ejecución, comenzó á acreditar el gran talento que habia de darle fama inmortal en el mundo: este jóven oficial era Napoleon Bonaparte, natural de Córcega, isla recientemente agregada al territorio de la Francia. No nos incumben los pormenores del sitió, ataques y reconquista de Tolon por las armas de la república, pero cumple á la honra de España que conste el diferente comportamiento de ingleses y españoles en la desastrosa evacuacion de aquella plaza. Para que no pueda tachárenos de parciales dejémos hablar á un historiador francés:

«Antes de retirarse (los ingleses), resolvieron quemar el arsenal, los astilleros y los navíos que no podían llevarse, y el 18 y el 19 (diciembre 1793), *sin decir una palabra al almirante español*, sin advertir siquiera á la poblacion comprometida que la iban á entregar á los vencedores montañeses, dieron orden

»para evacuarla..... Hicieron con tal celeridad la evacuación *que dos mil españoles, avisados muy tarde, y que se hallaron fuera de los muros, solo se salvaron por milagro.* Al fin se dió orden de incendiar el arsenal, y de repente se vieron veinte navíos ó fragatas ardiendo en medio de la rada, llenando de desesperacion á los infelices habitantes, y de indignacion á los republicanos, que veían abrasarse la escuadra sin poder salvarla. Mas de veinte mil personas, entre hombres, mugeres, ancianos y niños, cargados con lo mas precioso que tenían, se presentaron inmediatamente en el muelle tendiendo los brazos hácia las escuadras, é implorando favor para librarse del ejército victorioso..... Ni una sola chalupa se presentaba en el mar para socorrer á estos imprudentes franceses que habian depositado su confianza en estrangeros, entregándoles el primer puerto de su patria. Sin embargo, *el almirante Lángara, mas humano, mandó echar al mar las lanchas y recibir en la escuadra española á todos los refugiados que cupiesen en ella.* Entonces el almirante Hood, no atreviéndose á despreciar este ejemplo, ni á ser insensible á las imprecaciones que contra él se lanzaban, ordenó después, aunque muy tarde, recibir á los toloneses. Precipitáronse furiosos en las lanchas aquellos infelices, y en medio de la confusion cayeron algunos al mar, y otros quedaron separados de sus familias. Allí habia madres que buscaban á sus hijos, esposos ó

»padres, andando por el muelle al resplandor del incendio..... etc (1).»

Cúmplenos también añadir, que queriendo los castellanos dar una lección de fortaleza á los ingleses, acordaron formar en retaguardia para salir los últimos del puerto, sin abandonar ni un enfermo ni un herido. Los regimientos de Córdoba y Mallorca fueron los postreros que se embarcaron, y el mayor general don José Ago lo hizo cuando ya no quedaba ni un soldado en tierra.

El ejército republicano cometió en Tolon los mismos horrores que en Lyon y en la Vendée. La escuadra de Lángara se dirigió á Cartagena, de donde pasó á Mallorca para desembarcar los toloneses en ella refugiados. Tal fué la campaña de 1793, gloriosa para las armas españolas, aun en la parte que tuvo de desgraciada. El único fruto que de haber dominado en Tolon sacaron los ingleses fué la quema de la escuadra francesa, con que lograron dejar á Francia sin fuerza marítima en el Mediterráneo.

Todo aquel invierno hasta la primavera le pasó la Europa preparándose para la campaña de 1794. La mas empeñada de todas las potencias y la que ahora empujaba mas á la nueva lucha era la Inglaterra, y su ministro Pitt el mas activo de los enemigos de la Francia. El incendio de la escuadra de Tolon la hacia due-

(1) Thiers, Revolución francesa, tom. III. c. 8.

ña del Mediterráneo, y aun podia sacar de sus puertos cien navios de línea. Contaba con la ayuda de las dos potencias marítimas, España y Holanda. Sus navios dominaban también en el Océano y en los mares Indicos. Inglaterra tuvo que estimular á las potencias del Norte, que debilitadas por las campañas de 92 y 93, y teniendo otros intereses á que atender, anduvieron mas remisas y mas tibias; y el Austria, habiendo ya visto perecer en el cadalso á la hija de la emperatriz María Teresa, á la desgraciada esposa de Luis XVI., la altiva y firme María Antonia (16 de octubre, 1793), y temiendo menos que otros países el contagio de la revolución, distraídas también muchas de sus fuerzas en Polonia, animábase aun menos que la Prusia. Sin embargo, casi todas las potencias, á escepcion de Suecia y Dinamarca, se decidieron por la continuacion de la guerra. Las tropas de los coligados eran y estaban distribuidas de la manera siguiente: ciento cincuenta mil hombres, austriacos, alemanes, holandeses é ingleses, en los Países Bajos; veinte y cinco mil austriacos en Luxemburgo; sesenta mil prusianos y sajones en las inmediaciones de Maguncia; cincuenta mil austriacos, con algunos emigrados, costeaban el Rhin desde Manhein á Basilea; el ejército piamontés constaba de cuarenta mil hombres, con siete ú ocho mil austriacos auxiliares.

La situación interior de Francia no habia variado, sino en el sentido de arreciar mas cada día el terroris-

mo. Ya no eran solo cabezas de aristócratas las que rodaban diariamente en los cadalsos: el furor de los terroristas que lo dominaban todo, y parecía haber adoptado por principio de gobierno el esterminio de todos los que no participáran de su rabioso frenesí, iba descargando sobre los mismos que hasta entonces habían empujado más la revolución, entregando al verdugo como sospechosos á cuantos no se mostraban sedientos todavía de sangre. La misma Convencion era sospechosa, y se trató de degollar en las cárceles á los enemigos «que contemplaba la Convencion corrompida.» No es de nuestro propósito detenernos á describir los nuevos actos de barbarie con que los furibundos montañeses hicieron estremecer la Europa.

En cuanto á España, mandó el rey venir á la corte (febrero, 1794) á los generales en jefe de los tres ejércitos para tratar sobre la continuacion de la guerra y sobre el plan que convendría adoptar en la siguiente campaña, y quiso que asistieran á las sesiones que con este objeto se celebraron en el Consejo de Estado. En una de ellas (la del 14 de marzo), que se hizo ruidosa y célebre por sus consecuencias, se leyó un papel del anciano conde de Aranda, decano del Consejo, en que renovando su anterior opinion contraria á la guerra con Francia, se pronunciaba ahora fuertemente contra la continuacion de ella, fundándose en consideraciones políticas y militares, y esforzándose por pro-

bar que sobre ser injusta é impolítica, era superior á nuestras fuerzas y ruinoso para nuestra monarquía. Impugnóle el duque de la Alcudia, ya capitán general de los ejércitos españoles desde mayo del año anterior (1); nombramiento que habia sido muy censurado por carecer el de la Alcudia de merecimientos militares para tal recompensa, por muchos que como ministro pudiera haber adquirido y tener á los ojos del rey. Afirmaba el duque que él tambien queria la paz, pero que no la tenia á la sazón por conveniente, ni podía pedirse con honra, y así debia esperarse á ocasion mas oportuna.

Algunas frases del discurso del viejo decano del Consejo hubieron de resentir al jóven ministro de Estado, y éste á su vez con espresiones duras hirió y excitó la natural irritabilidad del conde, originándose de aqui un disgustoso altercado, en que tuvieron que interponerse y mediar los consejeros para aplacar y serenar á los dos contendientes; el rey ofendido del tono de despecho con que se espresó el de Aranda, cuyo carácter excesivamente franco y un tanto áspero y brusco nos es conocido (y mas al verse replicado en

(1) «En consideracion, decia el Real decreto, á las distinguidas circunstancias del duque de la Alcudia, á los importantes y particulares servicios que ha contraído, y actualmente contrae en las presentes ocurrencias, y á lo satisfecho que me hallo del acierto con que desempeña el empleo de mi primer secretario de Estado, y los demás encargos que tiene á su cuidado, he venido en promoverle á Capitan General de mis Ejércitos. Tendréislo entendido etc., en Aranjuez á 23 de mayo de 1793.»—Gaceta del 23 de mayo.

asunto de tanta monta y en cuestion en que se creia el voto de mas peso y autoridad por un jóven (creien encumbrado), manifestó harto claramente su real enojo, en términos que el Consejo comprendió bien la suerte que al de Aranda podia esperar. Acordóse que el desagradable incidente entre el de Aranda y Alcudia quedára reservado en el Consejo. Resolvióse la continuación de la guerra. Mas no hubo quien no mirára como consecuencia del acalorado debate de aquel día el destierro que inmediatamente se siguió del conde de Aranda á Jaen, la ocupacion de todos sus papeles, la formacion de un proceso criminal, y su traslacion y reclusion en la Alhambra de Granada (1).

(1) La relacion de este incidente, que por sus consecuencias hizo gran ruido en España, y aun en Europa, ha sido hecha de una manera, no solo diferente, sino contradictoria, en especial por los dos que mas largamente de él han escrito, á saber, el abate Murriel y el principe de la Paz. Hé aqui cómo lo cuenta Murriel (Historia MS. de Carlos IV. tomo II.): Dice que concluida la lectura del discurso de Aranda, se volvió el de la Alcudia al rey y le dijo: «Señor, este es un papel que merece castigo, y al autor de él se le debe formar causa, y nombrar jueces que le condenen, así á él como á varias otras personas que forman sociedades y adoptan ideas contrarias al servicio de V. M., lo cual es un escándalo.....» El de Aranda, no menos sorprendido que indignado de agresion tan inesperada, respondió:—«El respeto á la perso-

na del rey moderará mis palabras; que á no hallarse aquí S. M. yo sabria cómo contestar á semejantes espresiones.» Y levantó la mano derecha con el puño cerrado en ademán que anunciaba intención de combate personal. «Espóngaseme, añadió, los errores que tiene ese sentir, ya políticos, ya militares, y procuraré dar mis razones, ó retractare mis asertos cuando oyere otras que estén mejor fundadas que las mías.» Replicó el de la Alcudia con varias espresiones alusivas á que el conde de Aranda estaba contagiado de los principios modernos, y era partidario de la revolucion francesa. El conde respondió: «Señor duque, es muy de estrañar por cierto que ignore V. E. los servicios militares que tengo hechos á la corona, en los cuales he derramado varias veces mi sangre por mis reyes; y enumeró otros servicios y añadió:

Bajo malos auspicios parecia que iba á inaugurarse la próxima campaña. Apenas habian comenzado las deliberaciones sobre la direccion que convendria darle, hubo la desgracia de que falleciera el bra-

«Es de estrañar que sin atender á mi edad, tres veces mayor que la de V. E..... no tenga mas comediamento en hablar delante de S. M. y demás personas que aqui se hallan.» E inclinando la cabeza al rey con sumision, terminó diciendo: «Señor, el respeto que debo á V. M. me contiene.» —A lo que contestó el de la Alcudia: «Es verdad que tengo veinte y seis años no más; pero trabajo bajo catorce horas cada día, cosa que nadie ha hecho; duermo cuatro, y fuera de las de comer no dejo de atender á cuanto ocurre.»

Don Gerónimo Caballero dijo al rey: «Señor, convendria que lo que acaba de pasar quedase sepultado dentro del Consejo, guardando todos el secreto á que estamos obligados.» Sigue Murriel refiriendo algunas otras circunstancias de esta polémica, y dice que como el duque de la Alcudia volviere á repetir lo del proceso, el de Aranda encarándose á él le dijo: «Señor duque, sabria yo someterme á todo proceso con serenidad. Fuera de este procedimiento judicial (presentando el puño como anteriormente, y llevándole primero á la frente y despues al corazon), todavía tengo, aunque viejo, corazon, cabeza y puños para lo que pueda ofrecerse.» — Cuenta lo que brevemente espusieron varios consejeros sobre el objeto de la sesion, que el rey se levantó, que la sesion acabó á las doce y media, y que á la hora ya se inti-

mó al conde de Aranda la orden del rey para su destierro á Jaen, para lo cual estaba ya preparado y esperándole un carruage.

Por su parte don Manuel Godoy, que dedica cuatro capítulos íntegros del tomo I. de sus Memorias á sincerarse de los cargos que se le hicieron con motivo de este suceso, lo cuenta de la siguiente manera: «Fué el caso que así el rey como muchos de los miembros que asistian al Consejo, cuando fundaba yo mi voto y esplicaba las intenciones del gobierno, dieron muestras de aprobacion..... Carlos IV. en su paz ordinaria, con semblante apacible, sin mostrar ningun celo, cuando terminé mi discurso dirigió la vista al conde como en ademán de aguardar que replique. Entre los consejeros no hubo nadie que no mirase aquel momento como una bella coyuntura para corregir la acerbidad que habia mostrado en sus ideas y su lenguaje. Pero sucedió lo contrario, pues con un tono de despecho que no estaba bien con su edad ni con la augusta dignidad del monarca, dijo, cuanto puedo acordarme, estas palabras: «Yo, señor, no hallo nada que añadir ni quitar á lo que tengo espuesto por escrito y de palabra. Me seria muy fácil responder á las razones, no tan sólidas como agradables, que han sido presentadas en favor de la guerra: ¿más á qué fin? Quanto añadiese seria inútil: V. M. ha dado señales nada equivocadas de

vo, entendido y digno general Ricardos (13 de marzo, 1794), causando su muerte universal sentimiento, como que era gran pérdida para las armas españolas. El conde de O' Reilly que fué nombrado en su reem-

»aprobar cuanto ha dicho su ministro, ¿quién se atreverá á des-
»agradar á V. M. discurrendo
»en contrario?» Un consejero qui-
»so hablar, y sin duda fué su in-
»tencion contener aquel lance
»desesperado: pero el rey alzó el
»Consejo diciendo: «Basta ya por
»hoy;» se levantó, y con paso
»acelerado se dirigió á su cuarto,
»por enmedio de nosotros. Al pa-
»sar junto al conde, probó éste á
»decir alguna cosa; yo no la com-
»prendí; hubo de ser alguna es-
»cusa. La respuesta de Carlos IV.
»la oímos todos y fué esta: «Con
»mi padre fuiste terco y atrevido,
»pero no llegaste hasta á insultar-
»le en su Consejo.»

El príncipe de la Paz inserta íntegro en el capítulo 19, el discurso que dice haber pronunciado en aquella ocasion, que es muy estenso, y solo hace un extracto del papel del conde de Aranda. Muriel, al contrario, da casi entero el largo discurso del conde, y dice que el del duque de la Alcudia fué forjado posteriormente, mientras Godoy afirma ser apócrifo el que en boca del conde de Aranda pone Muriel. Bien podríamos nosotros decir aquí: *Non nostrum est tantas componere lites*. Dedúcese, no obstante, del cotejo de las dos relaciones, y de los datos que tenemos por mas auténticos, que las encontradas opiniones de los dos magnates sobre la continuacion de la guerra, y las ágras contestaciones que entre los dos mediaron en aquella sesion del Consejo,

fueron la causa de la caída, destierro y proceso del conde de Aranda; que el conde y el duque se maltrataron de palabra; que el rey, mas amigo del duque, y mas conforme con su dictámen, se ofendió y enojó de las asperezas del conde, que siempre fuerte y duro en el decir, lo estaria mas en el despecho de verse de aquella manera tratado por el jóven ministro y favorito, y naturalmente descargaron sobre él las iras reales.

Salió pues el conde de Aranda á su destierro de Jaen, desde donde dirigió al rey la representacion de que algunas veces hemos hecho ya mérito, implorando ó reclamando, no solo su justicia sino tambien la de la reina. A Jaen fué enviado el ministro del Consejo de las Ordenes don Antonio Vargas Laguna á tomarle las declaraciones sobre los cargos que en el proceso se le hacian. Tambien intentó procesarle el Santo Oficio, pero no se verificó. Muriel dice que fué á excitacion del duque de la Alcudia: éste rechaza la acusacion por calumniosa, y afirma haber sido él quien impidió que la Inquisicion le encausára. Concluido el interrogatorio de Laguna, fué trasladado el conde á la Alhambra de Granada. Pendiente todavia de fallo el proceso, con motivo de la boda del príncipe de Asturias y de la paz de 1795 celebrada con Francia, se indultó al conde mandando archivar la causa, y se le permitió vivir en Epila, uno de sus

plazo murió tambien camino de Cataluña, cuando iba á tomar el mando del ejército (23 de marzo, 1794). Por último, fué conferido aquel cargo al conde de la Union, que en la primera campaña habia ganado fama de bizarro y excelente oficial, pero que no era tan bueno para general en jefe. El ejército español, reparado en la ancha faja de los Pirineos Orientales y Occidentales, apenas llegaba á sesenta mil hombres, mucha parte de ellos recién reclutados, y por tanto nada diestros en el manejo de las armas. Por otra parte contaban los franceses con el ejército de Tolon, mandado por un general victorioso y de la reputacion de Dugommier, de modo que todo anunciaba que la campaña que se iba á emprender no habia de sernos favorable. Y asi aconteció.

Ocupaba el conde de la Union el campamento de Boulou. Dugommier, que podia colocar treinta y cinco mil hombres en línea, comenzó sus operaciones á últimos de abril (1794), haciendo una llamada falsa á Ceret. El de la Union por atender allí dejó mal custodiados los cerros que dominan el Boulou: interpúsose el francés entre este campamento y el Tech, y destacó parte de sus fuerzas á apoderarse de las alturas; toma-

estados de Aragon, donde quiso fijar su residencia, y donde murió á los tres años (7 de enero de 1798), á los setenta y ocho y algunos meses de su edad.

Tales fueron los últimos tiempos de la vida del célebre y es-

clarecido conde de Aranda, á quien como militar, como consejero, como ministro de la corona, como embajador, como administrador y político, hemos tenido mas de una ocasion, y tendremos todavia otras de juzgar.

das éstas, la posición no era ya sostenible; el ejército español tenía que retirarse por la calzada de Bellegarde, pero la halló ocupada por Dugommier, que solo había dejado una estrecha garganta por donde aquél se podía retirar: allí se perdió la artillería, que quedó en poder del enemigo con unos mil prisioneros, y multitud de acémilas cargadas con efectos de guerra para veinte mil hombres (primeros de mayo, 1794). El ejército español repasó el Pirineo y se situó delante de Figueras. Dugommier bloqueó en seguida á San Telmo, Portvendres y Collioure: todas estas plazas fueron valerosamente defendidas, pero al fin, aunque á costa de mucha sangre francesa, fueron sucesivamente cayendo en poder del general republicano. En los dos meses siguientes no hubo sino ataques parciales, tomando y perdiendo mutuamente puestos españoles y franceses, logrando los nuestros algunas ventajas. En agosto dispuso el conde de la Union un ataque general á todas las líneas enemigas en la larga distancia que media desde Camprodon hasta el mar. Esta operación, que asombró á los franceses y nos dió por algunas horas la victoria, se malogró por haber recibido aquellos oportunamente un buen refuerzo, y no haber podido llegar á tiempo una de nuestras columnas. Perdió sin embargo en ella el general republicano Mirabel, y salieron heridos Lemoine, Suaret, y el valiente y famoso Augereau. Algun tiempo después, queriendo el conde de la Union socorrer el castillo de Bellegarde

sitiado por los franceses, unas partidas que se habían adelantado y avanzaban sin orden por unas ásperas eminencias, sobrecogidas por la descarga de un batallón francés huyeron atropelladamente abandonando los fusiles, comunicaron el pánico á la columna de ataque, y costó trabajo restablecer el orden en la retirada que ésta emprendió, bien que por fortuna el enemigo creyó fingido el desorden para atraerle, y él también huyó á su vez (1).

Desde el mes de junio tenía Dugommier bloqueada la fortaleza de Bellegarde, de tal manera que se hallaba completamente interrumpida y cortada toda comunicación y correspondencia entre la plaza y nuestro ejército. Los valientes que la guarnecían, al mando del gobernador marqués de Valdesantoro, sufrieron con admirable perseverancia todo género de penalidades, incluso el hambre, que fué tal que no quedó animal inmundado que no se apurara: hasta que al fin, sin socor-

(1) Indignado el conde de la Union contra los cobardes fugitivos que habían causado el desorden, mandó primeramente que se diezmasen para ser pasados por las armas, y que los restantes, después de pasearlos por el campo con ruecas, fuesen destinados á presidio. Debíó ser motejada esta medida de excesivamente rigurosa, puesto que moderó después la severidad del castigo, reduciéndole á privar de uniforme á los fugitivos y á hacerlos formar separadamente en el ejército, hasta que volvieran

por la honra perdida. Así lo hicieron, dando tales muestras de valor, que tardaron poco en hacerse dignos de llevar otra vez el honoroso uniforme, y aun algunos se hicieron acreedores á especiales premios.

Gacetas de Madrid, de abril á setiembre de 1794.—Los Monitores de Francia de la misma época.—Historias y Memorias de la Revolución.—Idem del príncipe de la Paz.—Todos estos documentos y datos están conformes en la esencia de los hechos.